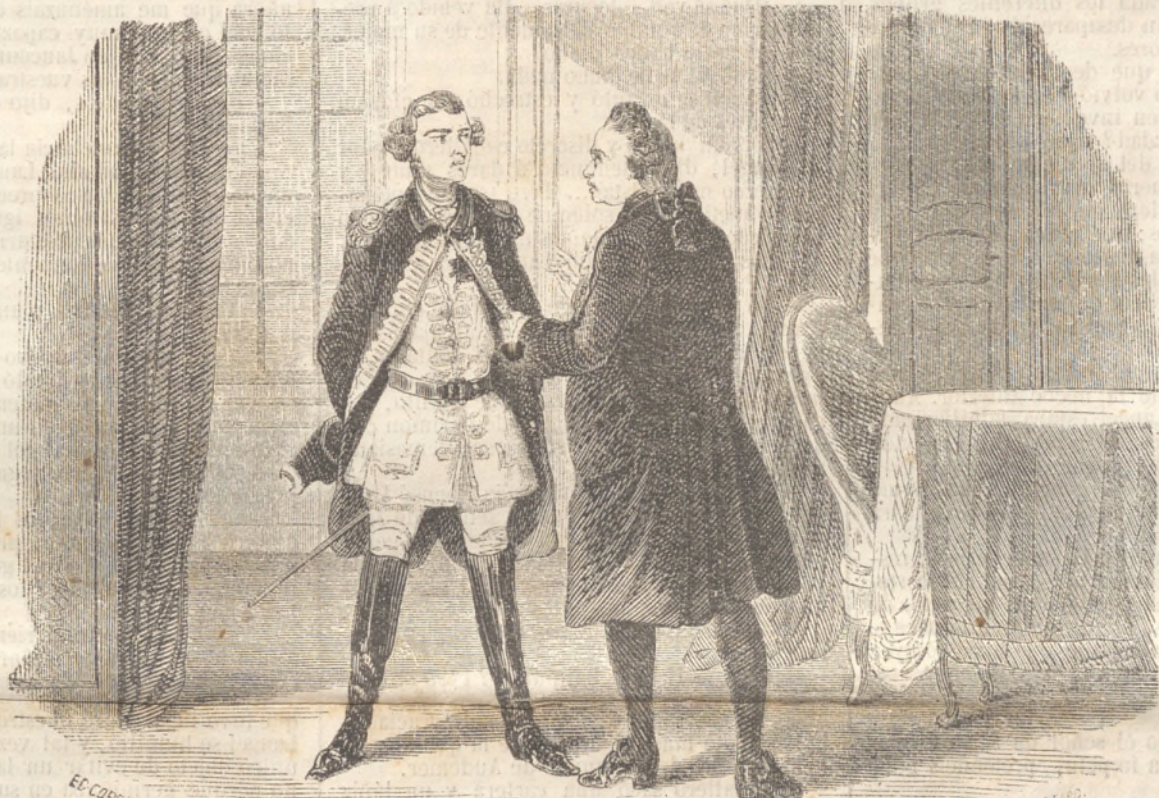


EL ALBUM DE LAS FAMILIAS.

PERIÓDICO SEMANAL.

Gratis á los suscritores del DIARIO DE BARCELONA. — Un número suelto un real.



¿Hay una tia? dijo el señor de Langel. (Pág. 306, col. 2.ª)

SUMARIO.

- LA SALA MISTERIOSA, por M. Pablo Feval.
- EL POSADERO DE ALDEA, MAESE GANSENDONCK, por E. Conscience.
- BIOGRAFIA DEL MARISCAL VAILLANT. CUADRILÁTERO.
- CRÓNICA DE LA GUERRA DE ITALIA.
- LA CIENCIA PARA TODOS.

LA SALA MISTERIOSA,

POR M. PABLO FEVAL.

(Conclusion.)

Ya por casualidad ó como nuevo homenaje á la atencion constante del mas entusiasta de sus oyentes, el señor de Langel guiñó el ojo al pronunciar estas últimas palabras y envió una amable sonrisa al mosquetero. Este estaba inquieto, y el teniente general, frio é impassible, lanzaba al narrador una magnética mirada.

«Por mucho que sea el mérito de un tapiz, continuó el caballero, su vista no basta para aliviar el cansancio de un largo viaje. Al cabo de media hora Dorimon se acostó vestido en la cama. Sumido estaba en el primer sueño cuando un ruido extraño le despertó sobresaltado. Parecia que arrastraban cadenas por el cuarto. Dorimon se incorporó en la cama y

prestó atento oído, pero no oyó mas que las últimas companadas de las doce que resonaban en el reloj del castillo. Levantóse y recorrió la sala con mirada inquieta; la luz se habia apagado, pero el resplandor de la luna que entraba por dos anchas ventanas daba de lleno en el tapiz. Nuestro héroe lanzó un grito de sorpresa y espanto.

«La luna le mostraba en efecto un espectáculo sobrenatural é inaudito! Los personajes bordados en el tapiz habian salido de su sitio, y el drama que representaba continuaba como si fuese una realidad. La castellana abrazaba las rodillas del caballero en tanto que este, rechazando con una mano á su esposa, hundía con la otra su larga espada en el pecho del paje, de cuya herida brotaban torrentes de sangre que inundaban el pavimento...»

El teniente general lanzó una sorda exclamacion, y el mosquetero que le espiaba hacia algunos minutos, colocado de modo que no pudiera ser visto de él, frunció el entrecejo y lanzó á Langel una mirada amenazadora, pero el narrador no advirtió en su entusiasmo esta mirada.

«Hé aquí lo que vió Dorimon, dijo dando á su voz una entonacion enfática, y no olvidaré jamás que se le erizaron los cabellos mientras me contaba su aventura. La vision fué verdadera; Dorimon no era capaz de dejarse dominar por un vano temor. ¿Cómo podia explicar

tan extraña vision? ¿El tapiz recobró su pristina apariencia cuando asomaron las primeras luces del dia? ¿Aquel cambio era producido por algun mecanismo inexplicable? Semejante suposicion no era razonable. Sin embargo, Dorimon no pudo averiguarlo, pues obligado á alejarse al amanecer para no comprometer á su querida Estela, no volvió nunca al castillo de Geronte.»

—¿Y despues? preguntó uno de los amigos del príncipe.

—Nada mas sucedió, respondió el caballero sorprendido y picado con aquella pregunta.

—¿No nos direis al menos el nombre de los personajes? preguntaron dos duques y cinco barones.

El señor de Langel disimuló su despecho y se sonrió con desden; desplegaba los labios para excusarse ó responder cuando sintió que le apretaban los brazos por ambos lados al mismo tiempo; á la derecha era el mosquetero y á la izquierda el teniente general.

—Os lo prohibo! dijo este último en voz baja.

—Si lo haceis, murmuró el otro, os mataré mañana.

El rostro del caballero revelaba en aquel instante el terror y el asombro.

—Caballeros! balbuceó, no tengo el honor...

—Esperadme mañana en vuestra casa á las nueve, añadió el mosquetero que se perdió entre la multitud.

El general volvió la espalda después de decirle al oído:

—Hasta mañana, á las ocho!

—Vamos, caballero, decía la reunión á coro, seremos discretos; decidnos tan solo el nombre de Geronte.

—Disimuladme... es un deber de delicadeza... no puedo! respondió con inquietud el señor de Langel.

—En ese caso estais en decadencia, amigo mio! dijo un caballero; vuestra historia no tiene sentido comun, y lo que es peor, ni chiste ni desenlace.

—Lo cierto es que Langel nos ha contado mejores historias que esa, dijo el duque bostezando.

El desgraciado Langel se doblegó ante esta sentencia sin apelacion; su derrota era completa. Todo el resto de la noche permaneció tristemente aislado, y cuando al retirarse recorrió con la mirada los diferentes grupos, advirtió que habian desaparecido sus dos misteriosos interlocutores.

—¿Qué tendrán que decirme? se preguntó á sí mismo cuando volvió á su modesta morada. Esforzándome en inventar ¿habré hallado casualmente la verdad? ¿Qué desgracia!

Al dar las ocho del siguiente dia, se paró un coche á la puerta del señor de Langel Coudrás. El caballero no era cobarde, pero odiaba los desafíos: un pinchazo podia privarle del uso de la mano derecha, ¿y de qué servirían entonces las gloriosas tijeras que habian recortado el perfil de una reina de Francia? Dióse prisa en abrir luchando con el temor y la curiosidad.

Entró el teniente general con el rostro mas pálido y severo que la noche anterior. Aunque el señor de Langel estaba familiarizado con las apariciones de espectros, no pudo contener un estremecimiento de terror.

—Caballero, dijo el general, me llamo Jaucourt; y creo que mi nombre os explicará el motivo de mi visita.

—Sé que os llamais así, señor conde, respondió Langel haciendo una profunda cortesía; ¿quién no ha oido hablar del vencedor de Ginebra?... Pero ese nombre no me explica...

—¿No os acordais de lo que sucedió ayer noche?

—Conté una historia que no gustó á mis oyentes...

—Caballero, dijo el señor de Jaucourt interrumpiéndole con ímpetu, ¿pretendeis burlaros de mí?

—¿Burlarme yo de vos, señor conde! respondió humildemente el caballero. ¿Os he dado motivo acaso para hablarme así? Me parece que padeceis alguna equivocacion...

La completa inocencia que expresaba el rostro del caballero desarmó al parecer al señor de Jaucourt.

—Creo que no lo hicisteis con mala intencion, pero esa historia...

—Os juro que es de pura invencion, se apresuró á añadir Langel.

El conde frunció el entrecejo; aquel juramento patentemente falso le indignó, y no teniendo paciencia para discutir, continuó sin hacer caso de la interrupcion:

—O sois el héroe de la aventura ú otro os la ha contado. En el primer caso, seguidme; de lo contrario, decidme al instante el nombre...

—Pero si no lo sé! dijo Langel. ¿Qué inexplicable fatalidad! Os juro por lo mas sagrado que la anécdota es inventada.

—Vuestras negativas no me persuaden, dijo el conde, y únicamente me prueban que no sois digno de ser tratado como caballero. Os doy un dia de tiempo para responder; mañana volveré á veros á la misma hora. Decidnos, ó de lo contrario nos batiremos á muerte.

El señor de Jaucourt volvió la espalda y bajó majestuosamente la escalera.

—Caballero! caballero! gritaba Langel, la historia es falsa!... Es una necedad inventada, de capricho, una fábula, un cuento insulso...

Pero el señor de Jaucourt estaba ya en su coche que desaparecía á todo escape.

—Es un loco! exclamó el caballero enjugándose el sudor de su frente. ¡Voto á...! me batiré si es preciso, pero aunque deba recorrer el mundo entero, descubriré el nombre del amante de su mujer.

—Caballero, buenos dias! dijo el mosquetero de la noche anterior, que encontrando la puerta abierta, habia entrado sin anunciarse. Ya veis que soy exacto.

—¿En qué puedo servirlos? preguntó Langel cuyo mal humor aumentaba lá nueva visita.

El mosquetero se desembozó y enseñó debajo de la capa dos espadas.

—Vamos á arreglarnos los dos amistosamente, dijo sentándose en un sillón.

—Otro desafío! murmuró Langel que se cruzó de brazos en ademán de resignacion.

—¿Ha venido ya? preguntó el mosquetero.

—¿Quién?

—El general.

—¿Cómo... parece que estais de acuerdo! exclamó Langel airado. Esto es una broma atroz...

—Silencio! dijo el oficial interrumpiéndole, ¿qué os ha dicho?

—¿Qué sé yo?... locuras... Ha venido á preguntarme el nombre del amante de su mujer.

—¿Y se lo habeis dicho?

—¿Yo? No le he dicho nada.

El oficial se levantó y estrechó con efusion las manos de Langel.

—Sois un noble y discreto caballero, señor de Langel, dijo. Renuncio á daros muerte y os ofrezco mi amistad... Pero ¿sabeis que habeis cometido una solemne torpeza contando la anécdota delante de los mismos actores?...

—Los actores! repitió Langel con curiosidad.

—No os hagais conmigo el disimulado! exclamó el mosquetero riendo á carcajadas. El charlatan de Vanois os habrá contado la aventura, y adivino lo demás. Veo que os habeis portado como persona de talento, pero os advierto que el nombre de Dorimon con que me habeis descrito se parece demasiado al mio.

—¿Bendita sea la Providencia! pensó Langel; ya hallé al amante de la señora de Jaucourt, y no me batiré con ese terrible general. Sepamos en primer lugar cómo se llama para decirselo inmediatamente al esposo ultrajado... Pero veamos antes cómo se explica...

—De Dorimon á Raimundo hay poca diferencia...

—¡Ah! ¿os llamais Raimundo? Pero el apellido...

—¿Lo ignorais? varios lances desgraciados le han dado mas celebridad de la que necesita al nombre de Raimundo de Audemer.

El caballero sacó una cartera y un lápiz para apuntar el precioso dato que le proporcionaba la casualidad, pero se contuvo repentinamente al reflexionar que Raimundo de Audemer era reputado como el mas peligroso espadachín del ejército.

—Prefiero batirme con el general, murmuró tristemente Langel que empezó á pasearse de un extremo á otro del aposento con ademán pensativo.

—Respeto el parecer de la reunion del príncipe, añadió Raimundo, pero la historia es ingeniosa. Sin embargo, si la repetís, os aconsejo que rectifiqueis algunos pormenores. Por ejemplo, decís que los amantes estaban de acuerdo, y debo asegurar que no es cierto. La señora de Jaucourt es un modelo de virtud y pureza; yo solo era el culpable, y lo era tanto mas en cuanto el conde me ha honrado siempre con sus bondades. Así pues, estoy radicalmente curado de mi loca pasion, y si he de decirlos la verdad, estaba decidido esta mañana á pasaros de parte á parte con mi espada para imponeros un eterno silencio. Demasiado ha padecido mi pobre prima por mi culpa! El que convierta en certezas las dudas de su marido tendrá que batirse conmigo á muerte.

—¿Y quién se atreveria?... balbuceó Langel.

—Estoy sin cuidado; Vanois se halla ausente, mi tia, que hablaria si lo supiese, lo ignora todo, y vos...

—¿Hay una tia? dijo el señor de Langel interrumpiendo su paseo.

—Vos, continuó Raimundo, vais á darme vuestra palabra de honor...

—¿Es casada? preguntó Langel.

—¿Cómo? No me habeis entendido! Hablamos de la señora de Jaucourt.

—Yo hablo de la tia.

—Es soltera.

—¿Jóven?

—Cuarenta años, poco mas ó menos.

—¿Rica?

—Tiene unas diez mil libras de renta.

—¿Y vive en el castillo de Geronte, quiero decir, en casa del señor de Jaucourt?

—¿Qué preguntas tan ociosas! dijo Raimundo que empezaba á impacientarse.

—Amigo mio, dijo Langel tomando una silla que puso cerca del jóven, voy á descubrirlos el corazon. Aunque no lo creais, sabed que la historia de ayer es parto de mi imaginacion.

Raimundo hizo un ademán de incredulidad.

—Hablo formalmente; todo fué invencion mia. Nunca he visto al señor de Vanois, y únicamente una infernal casualidad ha sido la causa del compromiso en que me veo. Pero ahora que me amenazais con la muerte, de lo cual os creo muy capaz, y que las intenciones del señor de Jaucourt tienen una terrible analogía con las vuestras... ¿qué haré?

—Hay dos medios, dijo el oficial: salir de París ó...

Y tendió la mano hácia las espadas.

—Caballero, añadió Langel, esos no son medios y lo que busco precisamente es el de evitar esos dos embudos igualmente desagradables. Si os dignais prestarme vuestro auxilio, no me parece absolutamente imposible el conseguirlo.

—¿Cuál es vuestro plan? preguntó Raimundo.

Langel acercó de nuevo el asiento, tomó un aire misterioso y habló algunos minutos en voz baja. El mosquetero le escuchó con atencion y prorumpió en una estrepitosa carcajada. El señor de Langel se quedó confuso.

—¿Es decir que me negais vuestro apoyo? preguntó.

—De ningun modo; os lo ofrezco de mil amores. Si dais ese paso, prometo servirlos de guia hasta la morada del general y me comprometo además á hacer los oficios de embajador.

Y el oficial continuó riendo á carcajadas. Media hora después el señor de Langel se habia anunciado en casa del general.

No contamos los pormenores de la escena que tuvo lugar entre nuestros dos adversarios. Langel se humilló, y tal vez no lo hizo con el único objeto de evitar un lance de honor, sino porque germinaba en su cerebro un gran proyecto.

—Señor conde, dijo al despedirse, abrigó la confianza de que este misterio se explicará á satisfaccion de ambos. Os pido un plazo de quince dias; si no lo consigo, tratadme de loco ó de cobarde, pero en ningun caso podreis acusarme de haberos faltado al respeto que mereceis.

Raimundo y Langel salieron aquella noche en posta camino de Normandía.

El señor de Jaucourt escribió una extensa carta á su esposa luego que se retiró de los salones del príncipe de Leon. Su legítimo enojo no le hizo traspasar los límites de su habitual finura, pero explicó con franqueza sus recelos. Después de manifestar la afrenta reciente, que llegándole hasta el corazon, habia abierto otra vez cruelmente su herida, volvía á hablar sobre lo pasado. Creemos que interesarán al lector los últimos párrafos de su carta.

«No necesitaba, decía al hablar de la narracion del caballero, de que se confirmasen mis sospechas, pues al salir de Rauville sabia que un extraño habia estado en el castillo, de lo cual me aseguré con mis propios ojos. Voy á explicarme. Uno de mis antepasados, no recuerdo ahora su nombre, que se hallaba por su desgracia en la misma posicion que yo, pues era esposo de una mujer jóven y hermosa y celoso como todo el que se reconoce de demasiada edad para casado, concibió sospechas é imaginó para aclararlas un medio extraño é ingenioso. Mandó construir debajo de la cama de su esposa un pavimento movable que comunicaba con unas ruedas ocultas dentro de las paredes, y en torno de las ruedas colocó unas cuerdas que sostenian un tapiz colgado del techo. El cuerpo delicado y ligero de la señora de Rauville podia pasar impunemente

sobre el aparato, pero un cuerpo mas pesado rompía el equilibrio, y entonces el tapiz bajaba lentamente. Mi antepasado fingió una ausencia; á su regreso el tapiz caído le reveló su deshonra, y sucumbió en un combate con el amante de su mujer.

«Tambien yo regresaba con temor pero sin sospecha, porque mi confianza en vos era inmensa, señora. El tapiz caído solo me reveló la permanencia de un extraño en mi casa, pero vuestras negativas me demostraron mi desgracia. Faltábame únicamente saber el nombre del ladrón de mi dicha y la casualidad me lo ha descubierto. Mañana me bato con él; ¡quiera Dios que tenga la suerte de mi antepasado!»

Fácilmente se adivinará la desesperación que causaría esta carta á Clara. La súbita partida de su marido tras tan larga ausencia y las cartas escasas é indiferentes le habían hecho concebir temores, pero aun dudaba. Sin embargo, desaparecía desde entonces la última esperanza, sus temores eran ciertos, y lloró en silencio negándose á responder á las preguntas de la señorita de Audemer, cuya locuaz curiosidad trató en vano de sorprender el secreto de sus lágrimas. Olivia se cansó de luchar y desistió de su intento; Clara se quedó sola y sumida en una especie de desaliento lleno de malestar, y la noche la encontró recostada en un sofá en la misma sala donde la vimos al principio de nuestro relato. Rendida por el dolor, dejó de pensar, y si de vez en cuando acudían algunas lágrimas á sus ojos, era por una especie de sentimiento vago, instinto de un inmenso dolor que dormita. A las nueve de la noche la puerta de la sala se abrió tan despacio que no advirtió que Raimundo estaba en el umbral ni que se acercaba hácia ella tímidamente. Tres meses pasados en angustias continuas habían producido en Clara un triste cambio; sus mejillas estaban hundidas, y había reemplazado al carmin de su rostro una enfermiza palidez.

Raimundo la contempló durante algunos momentos en silencio y expresando en sus facciones un sincero y profundo arrepentimiento.

—Clara! dijo al fin en voz baja.

La condesa se estremeció al oír su voz, levantó los ojos y lanzó un grito de horror.

Al mismo tiempo se oyó rumor de pasos en la antecámara.

—Todo lo sé, dijo Raimundo con rapidez, ¡cuántos disgustos os he causado! El conde os cree culpable, pero con el auxilio de Dios le demostraremos su error.

—Desdichado! exclamó Clara cuya voz ahogaba la indignación; salid!

—Silencio! dijo Raimundo aterrado.

La señorita Olivia asomó su arrugado rostro á la puerta entreabierta.

—Señora, continuó ceremoniosamente el jóven que se apresuró á afectar serenidad, creí que hallaría á vuestro lado á mi tia Olivia.

—Sobrino, dijo Olivia entrando, ¿no conoces á tu prima la condesa de Jaucourt?

Raimundo hizo ver que examinaba con más atención á la jóven que al ver á Olivia se había tapado el rostro con las manos.

—En efecto, dijo con indiferencia, pero no se trata de eso. Querida tia, necesito hablar con vos un instante á solas.

—Hablar conmigo á solas! repitió Olivia con espanto. Sobrino, ya no eres niño y una mujer sola...

Raimundo había ido á representar al castillo de Rauville una divertida comedia; el aspecto de Clara le hizo olvidar por un momento su papel, pero reflexionó á tiempo que por ridículo que fuera el medio, el fin era importante y grave. Iba á reparar personalmente una calaverada cuyas consecuencias podía apreciar, y alejando la imagen lastimera de su prima, hizo un esfuerzo para recobrar su serenidad y presencia de espíritu.

Cuando Olivia entró en su aposento indicó á su sobrino un asiento, pero Raimundo permaneció en pie diciendo:

—Conservo la postura propia de un embajador encargado de una misión suplicante. ¿Conoceis, querida tia, al caballero de Langel Coudrás?

—¿Por qué me haces esa pregunta, sobrino?

—Os suplico humildemente que me respondais.

—Le conozco, dijo la señorita Olivia con despecho. El año pasado en París se tomó la libertad de recortar mi perfil en casa del duque de Harcourt. Es un impertinente.

—Pero... dijo Raimundo.

—El perfil era muy feo, sobrino.

El jóven hizo un esfuerzo para no reírse.

—Eso no me admira, añadió con gravedad.

—Cómo, caballero!

—Dignaos oírme, querida tia. El artista mas ingenioso no es al fin mas que un hombre, y la ira, el temor y el amor hacen temblar la mano, especialmente el amor!... Querida tia, ¿no me entendéis?

Olivia tomó el abanico y contuvo la respiración para ruborizarse.

—Me entendéis! exclamó Raimundo que dobló una rodilla. He cumplido mi encargo: el caballero de Langel Coudrás me ha hecho el honor de elegirme por intérprete, y segun su deseo, pongo á vuestros piés su mano, su nombre y su fortuna.

La señorita Olivia de Audemer revelaba una agitación imposible de describirse, y tratando de portarse como era debido, hacia esfuerzos inauditos para contener un consentimiento que se exhalaba por decirlo así por todos sus poros.

—No sé... no puedo... temo! dijo Jbalbucaendo.

—¿Queréis que muera mi desgraciado amigo? exclamó patéticamente Raimundo.

—Pero este brusco consentimiento... Un hombre á quien apenas conozco, que nunca me ha obsequiado...

—Deteneos, querida tia, no le calumniéis! Ignorais todo lo que ha hecho el caballero por el amor que le habeis inspirado! ¿Qué diriais si os revelara que durante los meses mas rigurosos del invierno ese modelo de amantes daba vueltas noche y dia por las cercanías del castillo, durmiendo Dios sabe donde, alimentándose con vuestra imagen...?

—¿Será cierto? dijo Olivia exhalando un lánguido suspiro.

—Y si os dijera, prosiguió Raimundo aprovechándose de su entusiasmo, que se introdujo en el mismo castillo... No os espanteis, señora; su respeto iguala á su amor... Si os dijera que pasó una noche entera en esa sala misteriosa...

—¿Qué vió? dijo Olivia interrumpiéndole, pues su curiosidad estaba siempre alerta hacia cuarenta años.

—El mismo os lo contará y será prueba de lo que os digo en su nombre.

—Al menos podré reflexionar...

—¡Ah! señora, mientras vos reflexioneis el desgraciado amante se morirá de pesar.

Olivia se sonrió; estaba vencida. Raimundo presentó al caballero que esperaba en la posada. Al ver á Olivia de Audemer Langel sintió como un impulso de terror, y Olivia se quedó por su parte fria y turbada, pero esta escena solo duró un minuto.

—Conviene, dijo para sí la señorita de Audemer, que la mujer tenga mas mérito que el marido; así se vive mas tranquila.

—Es una garantía, pensó el caballero; yo la dominaré con mi superioridad física.

Con auxilio de esta mutua reflexion se gustaron infinito. Raimundo les hizo subir á un coche, y les aconsejó que se casasen en secreto. Esta idea romántica acabó de enloquecer á la señorita de Audemer que en medio de su alborozo se olvidó de despedirse de Clara.

Quince dias despues el castillo de Rauville ofrecia una animación extraordinaria; la señora de Langel-Coudrás publicaba delante de sus parientes y amigos el matrimonio que había contraído en secreto. Este misterio inútil y la figura ridícula de los novios divertieron en extremo á los convidados. En un ángulo de la sala se veía un grupo hablando en voz baja y compuesto de Langel, su esposa y el conde de Jaucourt, el cual tenia la frente sombríamente arrugada y lanzaba á hurtadillas una mirada á Clara que sentada cerca de la chimenea hacia con distracción los honores de la casa. Raimundo, en pie á alguna distancia, observaba con inquietud los movimientos del general.

—Os pedí quince dias, señor conde, decia Langel; el plazo ha espirado. Supongo que os habrá satisfecho mi explicación.

—¿Con que erais vos? dijo el conde cuya voz revelaba un resto de duda.

—Era él, se apresuró á responder Olivia; era mi marido, repitió con legítimo orgullo.

—Pero si es así, añadió el señor de Jaucourt, ¿por qué tantos subterfugios? ¿No podiais decirme la verdad desde un principio?

—No había obtenido aun el consentimiento de mi esposa, respondió el caballero. ¿Debía confesar mi presencia nocturna en la casa de una mujer que no era mia?

—Pero esa historia... dijo el conde sin vencerse.

—¿No era preciso dar á mi aventura la apariencia de una novela?

—La razon es convincente, dijo la recién casada apoyando á su marido.

Raimundo empezaba á temer que su ardid iba á ser infructuoso, pues el conde se retiró con rostro inquieto y pensativo á un extremo del salon para dar rienda suelta á sus recelos.

—Si es verdad, pensaba el conde, Clara no vió á Langel y no mintió. Sí; debo darla una cumplida satisfacción. ¡Ah! si me engañasen...

Los convidados se fueron retirando y el conde y Clara se quedaron solos en el salon. El señor de Jaucourt se acercó á la chimenea y dijo á su esposa:

—Clara, te suplico que olvides la carta que te escribí en un momento de dolor. Te ultrajé con mi error y deseo reparar mi falta.

La jóven permaneció en silencio y sus ojos se bañaron en lágrimas.

—Hasta esta noche, añadió el conde, no he sabido...

—Esta noche te han engañado, dijo Clara interrumpiéndole.

El conde la miró con asombro. Clara le contó entonces con franqueza y sin omitir ningun pormenor lo acaecido el dia de su llegada. El señor de Jaucourt la escuchó en silencio y su frente se fué poco á poco serenando.

—Hé aquí la verdad, dijo Clara; los que te han contado lo contrario lo han hecho impulsados por una generosa intención, pero faltaria á tu confianza si recurriera á la mentira.

—Clara, dijo el señor de Jaucourt, cuyo rostro helado pocos momentos antes, expresó repentinamente la mas profunda ternura, te creo y te doy las gracias. Ahora sí que te pido con toda mi alma que me perdones.

La condesa le tendió una mano que su esposo besó con efusion.

Raimundo, inquieto por el dudoso éxito de su astucia matrimonial, en vez de retirarse, fué á colocarse en el patio y contempló esta escena al través de los cristales. Al ver que los esposos estaban reconciliados, exclamó con alegría:

—Bravo! no esperaba tanto. Esto es lo que se llama reparar una necedad con talento.

El señor de Jaucourt era en todo un caballero delicado y generoso. Raimundo ascendió rápidamente en su carrera merced á su activa protección, y no supo hasta la muerte del conde en 1789, cuando era ya coronel, que Clara había revelado la verdad á su esposo.

Olivia y Langel Coudrás vivieron felices; el caballero siguió alcanzando triunfos literarios y artísticos, Olivia llegó á creerse una mujer ilustre, y segun cuenta la fama, el famoso tapiz no turbó jamás la paz y la armonía de dos esposos tan perfectos.

FIN.

EL POSADERO DE ALDEA,

MAESE GANSENDONCK.

POR E. CONSCIENCE.

(Continuación.)

III.

El perro del emperador es su primo; Gran farol, pero poca luz.

—Y bien, Jacobo, preguntó maese Gansendonck á su criado, ¿qué te parece con mi nuevo gorro?

El criado dió dos pasos hácia atrás y se pasó

las manos por los ojos como sorprendido de una cosa increíble.

— ¡Oh! mi amo, exclamó, decidme de veras si sois vos mismo? De verdad creía estar viendo al señor baron. Santo cielo! ¿cómo puede ser esto? levantad un poco la cabeza, amo mio; volvedla un poco, amo mio. Vaya! os pareceis al señor baron como una gota á otra gota.

— Jacobo, dijo maese Pedro con fingida severidad, tú quieres lisonjearme, y á mí no me gusta.

— Ya lo sé, amo mio, respondió el criado.

— Hay pocos hombres que tengan menos amigos que yo, á pesar de que se dice por envidia, que soy orgulloso, porque no puedo ver á los campesinos.

— Teneis razon, mi dueño. Pero de verdad, todavia estoy dudando si sois ó no el baron.

El gozo resplandecia en los ojos de maese Gansendonck; con la cabeza hácia atrás y en orgullosa actitud contempló sonriendo al criado que continuaba haciendo gestos de sorpresa.

Jacobo no habia engañado del todo á su amo; á juzgar por su exterior y no parando mientes en su estúpida fisonomía, maese Gansendonck se parecia absolutamente al baron. Nada tenia esto de particular; hacia tres meses que se dedicaba á copiar los trajes que el baron vestia habitualmente, en lo cual poca gente habia fijado su atencion, pues en el campo el baron vivia con toda holgura no llevando mas que un traje muy ordinario.

Pero algunas semanas antes el baron habia tenido un capricho. ¿Quién no los tiene en este mundo? Un magnifico perro de aguas se le habia muerto, y de la piel del animal se habia mandado hacer un gorro solapado. Este hermoso gorro habia enamorado á maese Gansendonck de un modo tal, que se habia mandado confeccionar otro completamente semejante en la ciudad. Este gorro ostentaba á la sazón sus mil pequeños rizos en la cabeza del dueño de la posada de *San Sebastian*, el cual no cesaba de mirarse en el espejo desde la adulatora exclamacion de su criado.

En seguida se preparó para salir.

— Jacobo, le dijo, toma mi horquilla, vamos á atravesar el pueblo.

— Sí, mi amo, contestó el criado compo-

niendo su fisonomía y siguiendo sus pasos.

En el gran camino guarnecido de casas encontraron muchos aldeanos que saludaron á maese Gansendonck quitándose el sombrero ó gorra, pero que reventaban de risa apenas habia pasado. Muchos habitantes corrian al umbral de la puerta de la casa, ó á la ventana de la caballeriza para ver el gorro de pelo de maese Pedro; pero él á nadie saludaba el

donde se hallaban algunos jóvenes en conversacion, los cuales desde el instante que vieron aparecer á maese Pedro, empezaron á reir tan descompasadamente que podia oirseles de un extremo á otro de la calle.

Francisco el hijo del herrero, conocido ya en todo el pueblo por un zumbon jubilado, se puso á pasear por delante de la herreria con la cabeza hácia atrás y á pasos acompasados,

remedando tan exactamente á maese Gansendonck, que este creyó reventar de despecho. Al pasar por delante del joven herrero, le lanzó una mirada con ojos que parecian quererle salirle de las órbitas; pero el herrero le contestó con risa tan provocadora, que maese Gansendonck, ciego de cólera, continuó su camino murmurando y amenazando, hasta que dobló hácia un camino lateral.

— Fanfarron! fanfarron! gritaron á sus espaldas.

— Y bien, Jacobo, ¿qué te parece de esa canalla? preguntó maese Pedro cuando su ira se hubo disipado un poco. Haberse atrevido á burlarse de mí! Trátame como á un loco! á un hombre como yo!

— Si, mi amo, las moscas pican al caballo; es un animal tan grande!

— Pero no se me escaparán los insolentes que se guarden, un día me la pagarán cara; las montañas no se encuentran, pero sí los hombres.

— Sin duda, amo mio, lo que se dice no se pierde.

— Bien tonto seria yo si todavia hiciese herrar mis caballos ó encargar otros trabajos en casa de ese picaro cesvergonzado.

— Sí, amo mio, el que es demasiado bueno, es medio loco.

— Nadie de mi casa pondrá mas los pies en la suya.

— No, mi amo. — Entonces el *burlon* se verá bien apurado y se morderá los dedos; ¿no es verdad?

— Sin duda, mi amo.

— Pero, Jacobo, me parece que este bribon de herrero está pagado por al-

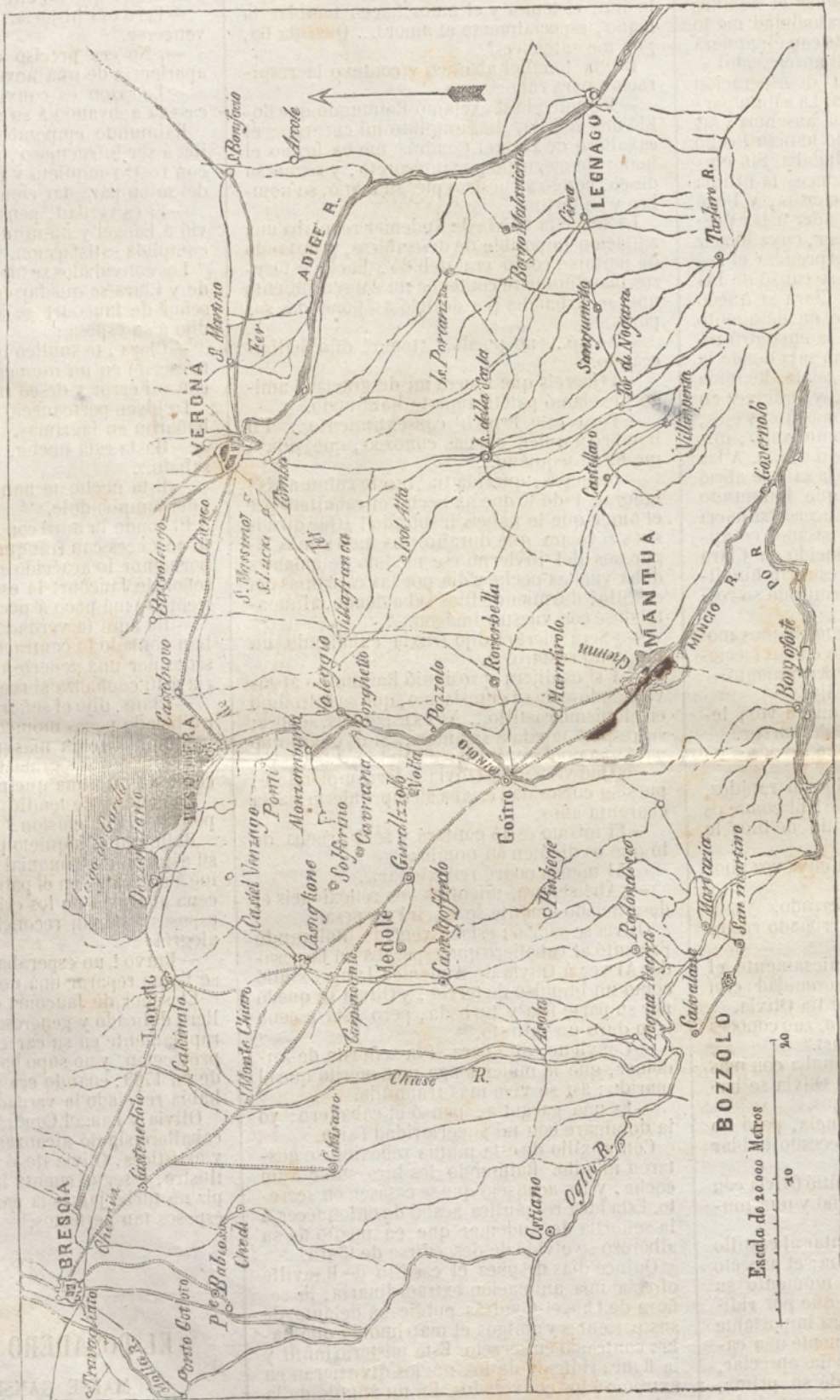
guien para vejarme y mofarse de mí. El guarda-rural opina tambien que fué él quien en la noche de mayo último escribió un mote sobre la enseña del meson.

— Al asno de plata.

— Es inútil repetir estas miserables groserias.

— Sí, mi amo.

— Tú deberias arrimarle una buena pasada



GUERRA DE ITALIA. — PLANO DEL CUADRILATERO.

primero, y se adelantaba con la cabeza erguida, y con paso lento y majestuoso como lo verificaba ordinariamente el baron. Jacobo, con fingida boberia, marchaba silencioso detrás de su amo, y le seguia en todos sus movimientos tan fielmente, con tanta paciencia como si estuviese desempeñando el papel de perro.

Todo fué bien hasta delante de la herreria,

de palos, á solas, porque nadie lo viese, y despues darle mi enhorabuena.

—Sí, mi amo.

—¿Se la darás?

—La enhorabuena, sí, mi amo.

—Nó, la pasada de palos.

—Es decir que quisierais verme volver á mi casa sin brazos ni piernas. Yo no soy muy fuerte y el herrero no es gato que se deje coger sin guantes.

—¿Tienes miedo de tan cobarde fanfarron? ¿y no te dá vergüenza?

—No es prudente batirse con un hombre que está cansado de vivir. Vale mas Juan cobarde que Juan muerto, dice el adagio, mi amo.

—Jacobó, Jacobó, me parece que no morirás de enfermedad de valor.

—Así lo espero, mi amo.

Con esta conversacion fué disipándose la cólera de maese Gansendonck. En medio de muchos defectos poseia una buena cualidad, y era, que tan fácilmente comoseamoscaba, con la misma facilidad olvidaba la ofensa recibida.

Entre tanto habia cruzado unos bosques de abetos y se paseaba por sus propias tierras, donde tuvo ocasion de dar rienda suelta á sus opiniones exageradas de la propiedad y echar votos é injurias á todo el mundo. Aquí se habia cansado una vaca, y apartándose del camino habia entrado en sus tierras; allá una cabra habia desbrozado el follaje de sus plantas; mas lejos creyó descubrir pisadas de cazadores, y las huellas de sus perros.

Esta última circunstancia sobre todo le hacia patallear de cólera. Habia hecho colocar en todos los ángulos de su hacienda grandes postes de madera con esta inscripcion: *Prohibicion de caza*; y habia, no obstante, alguno bastante audaz para violar su derecho de propiedad.

Sobre este hecho, estaba dispuesto á echar á volar una letanía de imprecaciones y en su furia golpeaba el trono de una haya.

Jacobó permanencia detrás de maese Pedro, pensando en la comida, porque segun noticias debía haber una liebre. Estaba desazonado por la razon de que tal vez no sabrian preparar la salsa, y este pensamiento le hacia reclinarse los dientes. De tiempo en tiempo se limitaba á responder: sí, mi amo, nó, mi amo, sin fijar la atencion en lo que le decia este.

De repente oyó una voz burlona que gritaba:

—Fanfarron! fanfarron!

Miró furioso á su alrededor y no vió mas que á su criado que, con los ojos fijos al suelo, movia los labios de manera que parecia estar comiendo.

—Hola, pillo, eres tú? exclamó maese Gansendonck con furor.

—Yo, señor! respondió Jacobó: Dios mio! ¿qué teneis, mi amo?

—Pregunto, bribon, si eres tú el que acaba de hablar?

—¿No lo habeis oido, mi amo?

Gansendonck exasperado le arrancó la horquilla de las manos con intencion de sacudirle, cuando habiendo notado el criado que iba de veras, dió un salto hácia atrás y levantando las manos al cielo exclamó:

—Dios mio, Dios mio! mi amo se ha vuelto loco.

—Fanfarron! fanfarron(1)! gritó de nuevo una voz tras Pedro Gansendonck.

Entonces descubrió á una urraca en las ra-

—Acaba, gritaba maese Pedro, ó te aplasto.

—No puedo, mi amo.

—Levántate!

—Sí, mi amo.

—Olvidaré tu impertinencia con tal que emponzoñes la urraca del herrero.

—¿Con qué, mi amo?

—Con veneno.

—Sí, amo mio, con tal que lo coma.

—Si no quiere, mácala con la escopeta.

—Sí, mi amo.

—Vamos, vamos. Pero ¿qué es lo que veo allá en el bosque? ¿Es uno propietario para que todos le roben?

A estas palabras se dirigió corriendo hácia el bosque, seguido de su criado, echando mil pestes por aquella boca.

Habia distinguido de lejos á una pobre mujer y dos niños ocupados en romper las ramas muertas de los abetos, y reunir estas ramas en un grande haz. Aunque una antigua costumbre permite á los pobres recoger los leños muertos de los bosques, maese Gansendonck no podia sufrir esta tolerancia; la leña seca era tan de su propiedad como la verde, y nadie debia atreverse á tocarla. Añádase á esto que debia háberselas con una mujer, y no podia temerse por su parte ni resistencia ni burlas. Esto sin duda le infundió valor, permitiéndole dar rienda suelta á su cólera.

Apenas hubo llegado cuando cogió á la pobre mujer por las espaldas gritándole:

—Ladrones descarados! vamos, venid conmigo al pueblo que os quiero poner en manos de los gendarmes! A la cárcel, bribones holgazanes!

La pobre mujer dejó caer temblando la leña que habia recogido, siendo tal el terror que le infundieron estas terribles amenazas que se echó á llorar sin pronunciar palabra. Los dos niños se cogieron del vestido de su madre y turbaron el silencio del bosque con gritos de desesperacion.

Jacobó sacudió la cabeza con despecho: la expresion de indiferencia habitual á su fisonomia habia desaparecido; parecia haberse apoderado de él un sentimiento de piedad.

—Aquí, picaro, le gritó maese Pedro, ayúdame á conducir esos ladrones á los gendarmes!

—Buen hombre, no lo volveré á hacer! exclamó la mujer con voz suplicante. Tened al menos compasion de mis pobres hijos, que están muriéndose de miedo.

—Calla, holgazana, le replicó maese Pedro, ya te quitaré ese maldito hábito de robar.

El criado tomó á la mujer por el brazo con fingida colera y la sacudió con fuerza; pero al mismo tiempo le dijo por lo bajo:



MARISCAL VAILLANT.

mas de una haya, y oyó otra vez al pájaro burlon repetir su injurioso apóstrofe.

—Jacobó, Jacobó, exclamó, vete á buscar mi escopeta. Es la urraca del herrero; debe morir la ¡cara.

Pero en el mismo momento echó á volar la urraca dirigiendo el vuelo hácia su casa.

El criado no pudiendo contener la risa, prorumpió en tan violenta carcajada que cayó en el césped en el cual permaneció un buen rato.

(1) Fanfarron en flamenco es blaesack, cuya palabra remeda seguramente la urraca.—N. del T.

—Arrodillaos á sus piés y decidle: señor.

La mujer se echó inmediatamente de rodillas ante maese Gansendonck, extendió las manos hácia él y le dijo en tono de súplica: —¡Oh! señor, señor, gracia si gustais, señor! Oh! gracia para mis hijos, mi querido señor!

Gansendonck pareció conmovido por un móvil secreto. Soltó la mujer, la miró con aire pensativo y rostro sosegado y benévolo, pero no la mandó levantar.

Una persona arrodillada á sus piés! con las manos extendidas hácia el cielo! pidiendo gracia! esto era régio.

Después de haber saboreado algunos instantes esta suprema felicidad, él mismo levantó á la pobre mujer, y enjugando una lágrima que saltó de sus ojos repuso:

—Pobre madre! es verdad que soy un poco vivo de genio, pero se acabó. Tomad vuestro haz, pues sois una honrada mujer. De aquí en adelante podeis recoger todos los leños muertos de todas mis propiedades, y aunque recojais un poco de verde, no diré nada. Tranquilizaos, pues os perdono del todo.

La mujer contemplaba con asombro las dos singulares personas que tenía delante; maese Pedro con su aire de protección, y el criado mordiendo los labios y haciendo visibles esfuerzos para no reirse.

—Sí, buena madre, repitió maese Pedro, podeis recoger todos los leños muertos de todos mis bosques.

Diciendo así señalaba con el dedo á su alrededor cual si todo el contorno le perteneciese.

La pobre mujer dió algunos pasos hácia atrás para volver á tomar su haz de leña y le dió las gracias con voz conmovida por el agradecimiento.

—Dios os bendiga por vuestra bondad, señor baron.

A estas palabras maese Gansendonck se sintió como dominado por un vértigo, presentándose en su rostro la expresion mas pura de felicidad.

—Mujer, mujer, acercaos un poco, exclamó, ¿qué habeis dicho que no os he entendido?

—Que os doy un millon de gracias, señor baron, dijo la buscadora de leña.

Maese Gansendonck metió mano en el bolsillo y sacó una moneda de plata que entregó á la pobre mujer diciéndole con el mayor enternecimiento:

—Tomad, buena madre, recogiaos un poco, y cuando llegue el invierno, venid todos los sábados al meson de *San Sebastian* y se os dará leña y pan en abundancia. Volved ahora á vuestra casa.

Diciendo estas palabras, dejó á la mujer, y salió precipitadamente del bosque. De tal modo lloraba que las lágrimas le corrían en abundancia por sus mejillas: el criado lo notó y se enjugó también los ojos con la manga de su chupa.

—Es particular, dijo al fin maese Pedro suspirando, que no pueda ver sufrir á persona alguna sin que se me ablande el corazón.

—Lo mismo me pasa á mí, amo mio.

—¿Lo has oido, Jacobo? esta mujer me ha tomado por el señor baron.

—Vaya que no, mi amo!

—Cállate, Jacobo, y vamos á casa despacito.

—Sí, mi amo.

Jacobo se puso á seguir con la mayor sumision las huellas de su amo. Los dos caminaban distraidos; maese Pedro pensando en el nombre con que le habia honrado aquella mujer; el criado en la liebre con salsa de vino que le esperaba en el meson.

Entretanto habian desembocado tres cazadores de detrás de un vallado de encinas, y contemplaban riéndose y chanceándose á maese Gansendonck y su criado. Eran tres jóvenes caballeros vestidos con elegantes trajes de caza, llevando la escopeta debajo el brazo.

Uno de ellos parecia tener conocido bien á fondo el carácter del posadero de *San Sebastian* porque esplicaba á sus compañeros el orgullo y suficiencia de que se hallaba poseido este buen hombre, haciéndoles al propio tiempo grandes elogios de Lisa su hija.

—Vaya, vaya, exclamó al fin, todos estamos cansados; vamos á detenernos un rato. Seguidme; acompañaremos hasta su casa á maese Gansendonck, lo cual de seguro nos valdrá una botella de su mejor vino. Pero habladle con respeto y hacedle sobre todo muchos cumplimientos. Cuanto mas contento, mas nos regalará.

Así diciendo, saltó con sus compañeros al otro lado de una zanja y se dirigió hácia maese Pedro, ante el cual se inclinó profundamente, saludándole con la mayor cortesía.

Pedro Gansendonck cogió con ambas manos su gorro forrado y procuró repetir frente á frente del joven los mismos gestos y saludos que este le habia hecho. Los otros dos cazadores en lugar de tomar parte en estas ceremonias se ocultaban detrás del criado, haciendo increíbles esfuerzos para no reventar de risa.

—Y bien, señor Adolfo, amigo mio, le dijo maese Pedro, ¿cómo está vuestro papá? Siempre grueso y robusto ¿no es verdad? Desde que se trasladó á la ciudad, pocas visitas nos hace; por esto dice el adagio: la ausencia es madre del olvido.

Adolfo cogió de la mano á uno de sus amigos y lo trajo con fuerza ante maese Pedro.

—Señor Gansendonck, le dijo con solemnidad, tengo el honor de presentaros al joven baron Victor Brunkasteel, el cual sufre una enfermedad nerviosa que le ha quedado de unas convulsiones, y consiste en que no puede mirar á nadie sin tener un violento acceso de risa; por consiguiente excusadle.

Victor no pudo contenerse por mas tiempo, volvió la cabeza hácia atrás, y pateó tornando azul y violado á fuerza de reir.

—Vas á echar á perder el negocio, le dijo Adolfo al oido; acaba ó todo se descubre.

—Haced como querais, señor Brunkasteel, dijo maese Pedro; no es riendo como salen callos á los piés.

Adolfo tomó á su amigo de la mano y repitió la presentacion.

—¿El señor Van Brunkasteel no tiene el honor de conocerme? dijo maese Pedro inclinándose.

—En efecto, respondió Victor, tengo el honor de seros desconocido.

—El honor no es grande, respondió maese Pedro inclinándose de nuevo. Sin duda venis á pasar la estacion de la caza en el castillo con nuestro amigo Adolfo.

—Para serviros, señor Gansendonck.

—Su padre nos ha comprado el pabellon de caza, dijo Adolfo; el señor Van Brunkasteel será vuestro vecino todos los inviernos. É irá probablemente á visitaros con frecuencia, señor Gansendonck.

—Pero, amigo Adolfo, ¿por qué ese otro caballero se halla escondido trás de Jacobo? le causó miedo?

—Es tímido, señor Gansendonck; ¿qué remedio tiene? Es efecto tambien de su mucha juventud... Pero, señor Gansendonck, á lo que veo tambien tenéis una caza reservada: ¿tambien sois cazador?

—¡Oh! muy aficionado, ¿no es verdad, Jacobo?

—Sí, mi amo, á las liebres. Yo tambien con tal que no las dejen quemar! dijo por lo bajo.

—¿Qué murmuras? exclamó maese Pedro con acento enojado para mostrar á aquellos señores que tenia poder absoluto sobre sus criados. ¿Qué murmuras?

—Preguntaba si os parece que es tiempo de volver á casa. En mi interior decia: cazar y pescar dan hambre al estómago.

—El cerdo siempre sueña en la cebada! Cállate.

—Si, mi amo, callar y pensar no hacen daño á nadie.

—Ni una palabra mas, te digo.

—No, mi amo.

—¿Estos señores me harán el honor de llegar hasta mi casa á tomar un vaso de vino generoso? preguntó maese Pedro Gansendonck.

—Es precisamente lo que teníamos intencion de pedirnos.

—Bueno, pues; venid, me direis lo que pensais de mi vino. ¿No es verdad, Jacobo? tú lo has gustado, lo menos una vez. Si no os

chupais los dedos, decidme que soy un labriego.

—Es verdad, mi amo, respondió el criado.

Maese Pedro se puso á caminar majestuosamente, hablando con Adolfo en tono familiar, mientras que los dos amigos de este se quedaban atrás para poder dar rienda suelta á su buen humor. Jacobo echaba sobre esta escena una sonrisa socarrona, y él mismo hubiese tambien reido, si no estuviera preocupado con la liebre de tal modo que sentia calambres en el estómago.

La comitiva se adelantó lentamente hácia el meson de *San Sebastian*.

IV.

Cuidado con introducir el lobo en el corral.

La mañana de este dia era magnífica. El sol se levantaba en el horizonte como un ardiente disco de oro, desde el cual se esparcian torrentes de luz por todo el espacio. Esta brillante luz penetraba jugueteando por los cristales del meson de *San Sebastian*, y caía como un matiz dorado sobre la frente de alabastro de una joven.

Lisa Gansendonck hallábase sentada cerca de la ventana frente á una mesa, y seguramente estaba meditando, porque tenia inclinadas sus largas pestañas negras y una sonrisa tranquila se dibujaba en su boca, mientras que por intervalos un ligero carmin coloreaba sus mejillas pálidas atestiguando la emocion que la agitaba. Entonces se erguia de repente en la silla, una llama mas viva brillaba en sus ojos, y su sonrisa se pronunciaba mas, como si la ocupase un sentimiento de felicidad.

Al cabo de un rato cogió un diario francés que estaba extendido sobre la mesa; pero después de haber leído algunas líneas volvió á su primera actitud.

¡Cuán hermosa estaba, colocada como una de esas hermosas creaciones que solo pertenecen al mundo de los ensueños, en medio del mas profundo silencio, alumbrada por la ardiente luz de la mañana, pálida y delicada, joven y pura como un capullo de rosa cuyo caliz solo debe abrirse á la próxima aurora!

Acercos vagos e inciertos como el eco plañidero de un arpa lejana, salian de sus delicados labios. Así decia suspirando:

—¡Oh! en las ciudades se debe ser feliz! Un baile! Todos esos ricos adornos, esos diamantes, esas flores en los cabellos, esas telas tan ricas cuyo valor bastaria para comprar la mitad de una aldea, cómo deben resplandecer en medio del oro y de la luz! Y con ello la urbanidad, el lenguaje culto... ¡Oh! si pudiese verlo aunque no fuese mas que á través de una ventana!

Después de estar largo rato abismada en estos pensamientos, pareció abandonar la idea del baile en las ciudades, pues se alejó de la mesa, y se fué á colocar ante un espejo, donde pudo contemplar su imagen con toda atencion, deshaciendo aquí y allá un pliegue y pasando la mano por su cabeza para dar mas lustre á sus hermosos cabellos negros.

Sin embargo su traje era muy sencillo, y no se hubiera podido reprochar gran cosa en su tocado, si el hedor de la caballeriza, las paredes ahumadas de la posada, y las latas de estaño del aparador, no hubiesen revelado en alta voz y por todas partes que la señorita Lisa no se hallaba en el lugar que le correspondia.

Por lo demás, su vestido de seda negro de una sola pieza, no tenia mas que un volante, llevaba una pañoleta de color de rosa sobre la cual resaltaba de una manera encantadora la dulce palidez de su semblante, y en la cabeza no tenia mas adornos que los bandós aplanados de sus propios cabellos dirigiéndose en forma de corona hácia atrás, donde se anudaban.

Después de haberse detenido algunos instantes ante el espejo, volvió á la mesa y se puso á bordar un cuello, pero sin poner gran atencion; sus miradas errantes descubrian bastantemente que su pensamiento indeciso vagaba lejos de su labor. Luego dijo con voz casi inteligible:

—Ha llegado la época de la caza; los señores de la ciudad van á volver. Mi padre me ha dicho que debo mostrarme afable con ellos y que me llevará á la ciudad para comprarme un sombrero de raso. No debo permanecer sentada y con los ojos bajos, sino sonreír y mirar de frente á los señores cuando me dirigen la palabra. ¿Cuáles son las intenciones de mi padre? Dice que yo no entiendo, ni puedo entender el objeto que él se lleva... Pero Karel! Me parece descontento cuando cambio con demasiada frecuencia de traje y sufre cuando los forasteros me están hablando por largo tiempo. ¿Qué hacer? Mi padre lo quiere. No puedo sin embargo mostrarme mal criada con la gente! Pero tampoco quiero dar pena á Karel.

Mientras esto decía oyó la voz de su padre ante la puerta, viéndole inclinarse y hacer cortesías á tres jóvenes en traje de caza. Un vivo rubor cubrió su frente. ¿Era deseo ó timidez? Pasóse otra vez la mano por sus bandos de negros cabellos, y permaneció sentada como si nada hubiese visto ni oído.

Maese Gansendonck entró con sus compañeros, exclamando con alegría:

—Mirad, señores, hé aquí á mi hija. ¿Qué decis de semejante flor? Es instruida, sabe el francés, señores, y hay tanta diferencia entre mi Lisa y una aldeana, como entre una vaca y un carriquito.

El criado se echó á reír.

—Palurdo! exclamó maese Gansendonck encolerizado, ¿qué tienes tú que ver con esto para reír como un bestia? Vete de aquí!

—Sí, mi amo.

Jacobo fué á sentarse en un rincón del hogar, y se puso á respirar voluptuosamente el perfume de la liebre que desde el fondo de la cocina llegaba á él en olorosas bocanadas. El ojo fijo en el fuego, y la fisonomía indiferente en apariencia, escuchaba sin embargo todo lo que se decía y hacia á su alrededor.

Mientras Lisa se ponía en pie y correspondía en francés á las expresiones de cortesía de los jóvenes cazadores, maese Gansendonck había bajado á la bodega. Pronto volvió de ella con vasos y una botella que colocó sobre la mesa frente á su hija.

—Sentaos, sentaos, señores, vamos á brindar con Lisa, la cual os dará á cada conversación (1). ¡Ah! ¿he hablado en francés? es sorprendente lo que me gusta este idioma; estaría un día entero escuchándole, siempre me hace el efecto de una canción.

En seguida tomó á Victor por un brazo y le obligó á sentarse al lado de Lisa.

—No tantos cumplimientos, señor Van Bruinkasteel, exclamó, figuraos que estais en vuestra casa.

La fisonomía tan dulce y tan bella de Lisa, en el principio había inspirado una especie de respeto á dos de los jóvenes cazadores, los cuales desde el otro lado de la mesa donde estaban sentados, contemplaban silenciosamente á la sencilla jóven que se esforzaba en aparecer cortés, pero cuyo pudor alarmado había inflamado su rostro del mas vivo carmin.

Victor Van Bruinkasteel no estaba tan contenido; se puso á prodigar atrevidamente sus alabanzas á la jóven sobre su hermosura, su labor, su manera de hablar el francés, y supo lisonjearla con tanta gracia y habilidad, sin salirse del círculo de la decencia, que Lisa pensativa escuchaba su voz como si hubiese oído un canto armonioso.

Maese Gansendonck que á cada palabra sentía una esperanza que llegaba á su corazón, y que alimentaba cierta predilección por Victor, se restregaba las manos y se decía á sí mismo:

—Cuando se tira una moneda, nadie sabe sobre qué punto caerá; todo es posible menos que quede en el aire. Por Cristo que harían una linda pareja! Vamos, señores, otro sorbo todavía! A vuestra salud, señor Van Bruinkasteel! Os suplico que continueis hablando en francés; no os acordeis de mí; leo en vuestros ojos lo que queréis decir.

Los jóvenes cazadores parecían divertirse extremadamente.

A la verdad Lisa no hablaba bien el francés, pero todas las palabras que salían de sus labios tenían una ingenuidad tan seductora, el púdico arrebol que coloreaba su frente era tan encantador, todo en ella respiraba tanta hermosura y atractivo, que el sonido solo de su voz bastaba para despertar en el corazón las mas dulces emociones.

Victor, como maestro en el arte, pronto encontró el lado débil del virginal carácter de Lisa. Le habló de nuevas modas, de hermosos adornos, de la vida de las ciudades, describió con espléndidos colores los bailes y las fiestas, y supo cautivar de tal manera el corazón de la pobre niña que apenas sabía dónde se hallaba.

Poco á poco se entusiasmó Victor con la conversacion hasta el punto de ir á coger, así como por descuido, la mano de Lisa.

Entonces la jóven pareció volver en sí; retiró su mano trémula, echó hacia atrás su silla, buscando con mirada suplicante los ojos de su padre. Pero este embriagado por la alegría, le lanzó una mirada de reprension y le hizo señal con la cabeza de permanecer sentada.

El movimiento de repulsion de Lisa sorprendió á Victor, el cual volvió la cabeza para disimular su embarazo. Entonces vió al criado de pie en un rincón del hogar, que fijaba en él una mirada amenazadora mezclada con una sonrisa sardónica.

Se volvió Victor lleno de cólera hácia maese Pedro y preguntó:

—¿Qué tiene que ver este bribon para mirarme con tanta insolencia y burlarse de mí?

—Él alguna cosa que ver? vociferó maese Pedro; vais á verlo, Jacobo!

—¿Qué hay, mi amo?

—¿Has mirado tú con insolencia al señor Van Bruinkasteel? ¿Te has atrevido á mofarte de él, gusano de la tierra?

—Rio como un perro á quien hubiesen frotado las narices con mostaza. Me he quemado la mano, señor.

—Quita! eres muy estúpido para bailar delante del diablo. Fuera!

—Sí, mi amo.

El criado dejó el aposento con lentitud quitándose el gorro con tan poca gracia como si fuera verdaderamente bobo.

Un instante despues, se había ya olvidado el efecto de la audacia de Victor; los jóvenes hablaban de nuevo galantemente el francés con Lisa, y maese Pedro les invitaba á que visitasen con frecuencia á su hija, pues él les tendría siempre preparada una botella de su mejor vino. Lisa tomaba gusto á la incesante habladuría de Victor, y se decía á sí misma que tan bello lenguaje valia cien veces mas que la conversacion vulgar y comun de los aldeanos, á los cuales oía todos los dias.

Un jóven abrió la puerta, y entró seguido de un criado.

—Un vaso de cerveza, Jacobo, y sacad tambien otro para vos, dijo.

Este vigoroso jóven llevaba una blusa de fina tela azul, una corbata de seda y un gorro de piel de nutria. Su bello y regular rostro estaba tostado por el sol: sus anchas manos revelaban un trabajo diario, y sus grandes ojos azules, llenos de fuego y de vida, daban á entender que no estaba menos bien dotado de talento y valor que de las calidades del cuerpo.

Desde el momento en que entró, se levantó Lisa, dándole la bienvenida con tan amiga y familiar sonrisa, que los dos jóvenes cazadores la miraron con asombro. Adolfo, el tercer cazador, le conocia ya desde mucho tiempo.

Maese Pedro murmuró algunas palabras en tono áspero y puso un semblante avinagrado, como si la presencia de Karel el cervecero le fuese enojosa; dió algunas patadas de impaciencia y no disimuló su despecho.

El jóven pareció no parar la atencion en esto; sus ojos fijos en Lisa indicaban alguna pregunta. La jóven le dirigió una sonrisa mas dulce y expresiva que la primera, lo cual hizo aparecer una expresion de contento en el rostro de Karel.

—Padre, dijo Lisa.

—Todavía esta palabra de labriega! exclamó maese Pedro.

—Papá, dijo Lisa corrigiéndose, papá, ¿Karel no bebe un vaso de vino con nosotros?

—Bueno, que tome uno de la docena, respondió maese Pedro con aspereza.

—Gracias, maese Gansendonck, dijo Karel sonriendo, el vino no me gusta por la mañana.

—¿Nó? bebed entonces cerveza, jóven; aquellos os calentaria demasiado los cascos! dijo maese Pedro con sonrisa burlona y con aire de un hombre que ha dicho algo ingenioso.

Karel estaba acostumbrado al lenguaje grosero de Gansendonck, y se preparaba á sentarse frente al criado al otro lado del hogar, cuando Lisa le llamó y le dijo:

—Karel, hé aquí una silla, sentaos y hablad un poco con nosotros.

Maese Gansendonck miró á su hija con aire irritado y se mordió los labios de impaciencia; Karel no por esto desairó la invitacion amistosa de Lisa:

—Tendreis buena caza este año, señores, dijo en flamenco, sentándose junto á Adolfo; las liebres y las perdices hormiguean.

—En efecto, lo creo tambien así, contestó Adolfo, y sin embargo esta mañana no hemos podido tan siquiera disparar las escopetas; mal olfato tienen nuestros perros.

—Ya me extrañaba, exclamó maese Pedro con acento burlon, que no enjarretaseis algun despropósito. Siempre con su eterno flamenco! Ahora ya no oireis hablar sino de perros, vacas, caballos y patatas. Dejadle charlar, señor Van Bruinkasteel, y continuad conversando en francés con Lisa; oigo esa lengua con tanto placer que no encuentro expresiones con que ponderarlo.

(Se continuará.)

EL MARISCAL VAILLANT,

(DE DOUTISTA FILIBERTO.)

El mariscal Vaillant nació en Dijon el 6 de diciembre de 1790. A los 17 años entró en la escuela Politécnica, de allí pasó á la de artillería de Metz, y en 1809 fué nombrado subteniente. Tomó parte en todas las guerras del imperio, distinguiéndose muy señaladamente en la campaña de 1813. Habiendo caído en poder del enemigo, estuvo prisionero hasta 1815.

En esta época el capitán Vaillant combatió valerosamente en Ligny y en Waterloo.

Durante la Restauracion publicó varios tratados especiales que le valieron el grado de comandante (1826) y una merecida reputacion de estratégico.

Cuando la expedicion de Argel se le encargó el ataque del fuerte *Emperador*, que era la llave de la ciudad. Allí recibió una herida grave, pero su admirable comportamiento le hizo acreedor al grado de teniente coronel (1830).

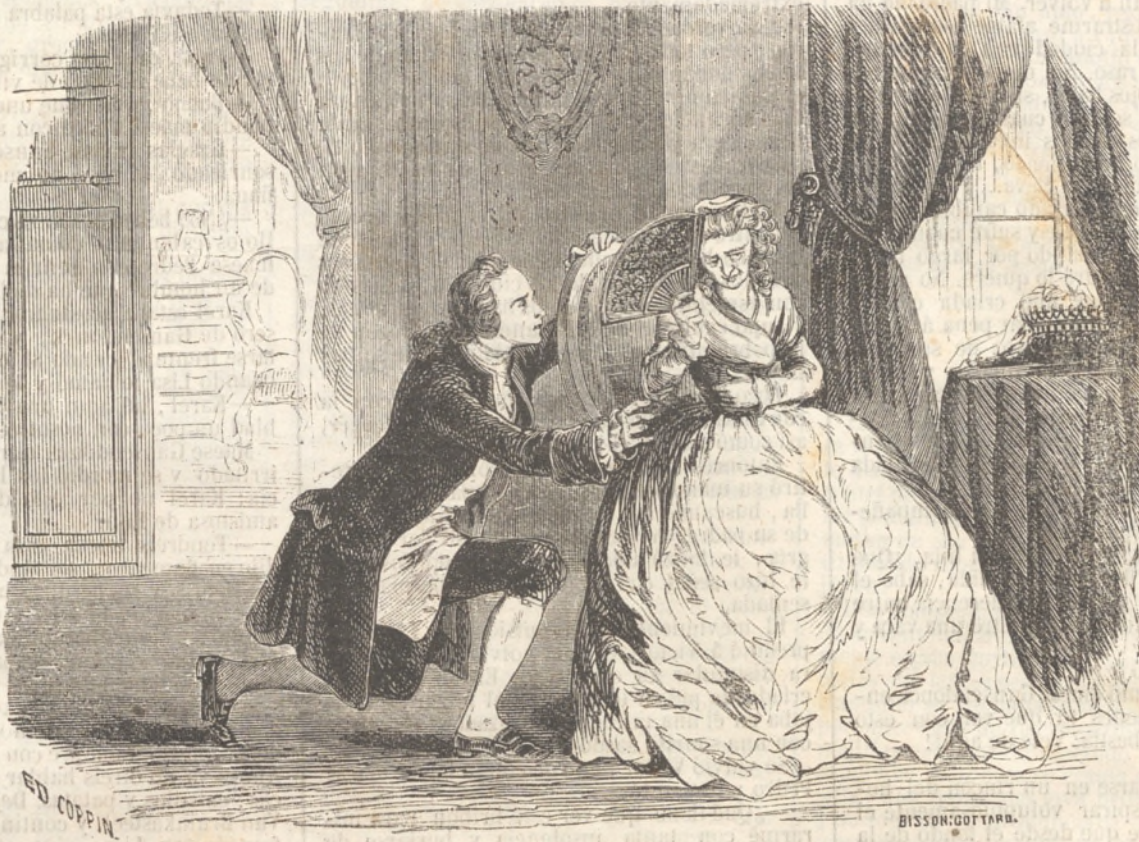
Tomó una parte muy importante en las operaciones de Amberes, por lo que fué nombrado coronel y oficial de la Legion de Honor (1833).

De 1834 á 1838 estuvo en Argel ocupado ora en las campañas, ora en los trabajos de fortificacion. A su vuelta á Francia, se le encargó el mando de la escuela Politécnica, y mas tarde dirigió las obras de fortificacion de la orilla derecha del Sena, en Paris.

Mariscal de campo en 1838, fué ascendido á teniente general en 1845. Desde esta época hasta 1849 se le consultaron todos los proyectos de defensa del pais y todas las cuestiones de táctica.

La dignidad de mariscal de Francia fué en él el premio de la parte importante que tuvo en la ocupacion de Roma. Entonces se le nombró ministro de la guerra, cargo que ha desempeñado hasta que el emperador le confirió el título de mayor-general del ejército de Italia. En calidad de tal ha firmado el armisticio que se estipuló el 8 del corriente entre el ejército austriaco y el franco-sardo.

(1) Las palabras escritas en letra bastardilla se hallan en francés en el texto.



Pongo á vuestros piés su mano, su nombre y su fortuna. (Pág. 307, col. 2.ª)

CUADRILÁTERO.

Uno de los grabados que publicamos hoy representa el famoso cuadrilátero, que se consideraba como el baluarte inexpugnable de los austriacos. El paso del Mincio por los aliados había hecho perder ya un lado, y no el menos importante, á esta especie de campo atrincherado, defendido en sus ángulos por las plazas fuertes Peschiera, Verona, Legnano y Mantua.—A pesar de haber cesado las hostilidades, este grabado no pierde su interés de actualidad, pues que ahora falta arreglar la cuestión de límites entre la Lombardia y el Veneto.

Crónica de la guerra de Italia.

Día 28 de junio, paso del Mincio por los aliados.
Día 1.º de julio, el cuartel general del ejército francés se traslada á Valeggio.
Los piemonteses empiezan el sitio de Peschiera.
El príncipe Napoleon, al frente del 5.º cuerpo y de las tropas toscanas, formando un conjunto de 35,000 hombres, se reúne con los aliados.
Día 8, se firma una suspensión de armas entre los ejércitos beligerantes que debe durar desde el día de la fecha al 15 de agosto próximo.
Día 10, la *Correspondencia Austriaca* publica la nota definitiva de las pérdidas experimentadas por los austriacos en la batalla de Solferino. Según ella fueron: 91 oficiales y 2261 soldados muertos; 4 generales, 495 oficiales y 10,150 soldados heridos; 89 oficiales y 9,229 soldados que faltaron en las filas: total 22,289 bajas.
Día 11, se firma un tratado de paz entre el Emperador de Austria y el de Francia.

LA CIENCIA PARA TODOS.

(Continuación.)

460. ¿Qué es un chorro de luz?
Un grupo de rayos paralelos.
461. ¿Qué es un pincel de luz?
Un cuerpo de rayos de luz que se mueven de un punto á otro.

462. ¿Qué es punto radiante?
El que emite rayos de luz divergentes.
463. ¿Qué es foco?
El punto donde convergen los rayos de luz.
(Divergentes, cuando los rayos que parten de un punto y se separan. Convergentes, cuando se dirigen todos hácia un punto.)

464. ¿Cuál es la constitucion de un rayo de luz?
Un rayo de luz blanca, tal como lo recibimos del sol, está compuesto de un número de rayos elementales que, con auxilio de un pedazo de cristal triangular llamado *prisma*, pueden ser separados y producir bajo la refraccion los colores siguientes:
1. Un rayo *extremadamente rojo*:—una mezcla de rojo y azul en la cual predomina el rojo.
2. *Rojo*.
3. *Naranja*:—el rojo pasando y combinándose con el amarillo.
4. *Amarillo*:—el mas luminoso de todos los rayos.
5. *Verde*:—amarillo pasando y combinándose con el azul.
6. *Azul*.
7. *Añil*:—un azul oscuro é intenso.
8. *Violeta*:—azul mezclado con amarillo.
9. *Gris*:—un tinte neutral.
10. Rayos llamados *fluorescentes* que son de un color azul plateado puro, ó de verde delicado.

465. ¿Por qué es blanco un rayo de luz que contiene esos rayos elementales?
Porque el color de la luz está regido por la rapidez de las vibraciones ó de los visos del éter. Cuando un rayo de luz es reflejado por un cuerpo ó transmitido por él, sus vibraciones son con frecuencia perturbadas ó alteradas, produciendo de esta manera una impresion diferente á nuestros ojos.

La luz que dá 37,640 vibraciones en una pulgada, ó 458,000,000,000 en un segundo de tiempo, produce esa sensacion á la vista que hace parecer rojo el objeto que dirige las vi-

braciones. La luz amarilla necesita 44,000 vibraciones en una pulgada y 535,000,000,000 en un segundo. Y los demás colores enumerados (V. 464) requieren todos diferentes velocidades de vibracion para producir los colores por los cuales son distinguidos.

(Aceptando la teoría de las vibraciones, y aplicándola á la explicacion del fenómeno de la luz, nos parece innecesario creer que un rayo de luz blanca contenga rayos colorados. Dicese que si dividimos una superficie circular en partes iguales, y pintamos los colores mencionados en el órden y en la proporcion en que entran en el rayo refringido, y en seguida hacemos girar el círculo con una gran velocidad, los colores se mezclarán y el todo nos parecerá blanco. Pero esto no hace al caso, puesto que el resultado es hasta cierto punto una ilusion producida por la repentina desaparicion de la impresion causada á la vista por los colores; si ponemos un pedazo de papel blanco al lado del círculo que está en movimiento, el último nos parecerá gris. Si se pinta una superficie blanca con colores claros, el blanco materialmente rebaja los colores, por lo cual debe concluirse que el experimento no es á propósito para sostener el aserto de que los colores de la imágen producen el blanco. Pero no hay ninguna dificultad en comprender que un rayo de luz que sufre la refraccion se divide en rayos menores, los cuales, difiriendo en sus grados de refringibilidad, varian tambien en la velocidad de sus vibraciones, produciendo las variadas sensaciones de color.)

466. ¿Por qué es blanca una sustancia?
Porque refleja la luz que la hiere sin alterar sus vibraciones.

467. ¿Por qué es negra una sustancia?
Porque absorbe la luz y hace cesar las vibraciones.

468. ¿Por qué es encarnada la rosa?
Porque comunica á la luz que la hiere ese cambio en sus condiciones vibratorias que produce á nuestros ojos la sensacion encarnada.
(Se continuará.)

Por todo lo que antecede, F. GABAÑACH, editor responsable.

Imprenta del DIARIO DE BARCELONA, á cargo de Francisco Gabañach, calle Nueva de S. Francisco, núm. 17.